

# A LA LUZ DEL VINO

CARLOS OLLO RAZQUIN



erein

A LA LUZ  
DEL VINO

29

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*1.ª edición: febrero 2018*

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© Carlos Olo Razquin

© EREIN. Donostia 2018

ISBN: 978-84-9109-273-5

D.L.: SS - 230/2018

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: [edizioak@itxaropena.net](mailto:edizioak@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

CARLOS OLLO RAZQUIN

AL LA LUZ  
DEL VINO

erein

*Para Nora Labraza y Uxue Baztán,  
“les redoutables”, porque sin ellas y  
sus ideas este libro no solo hubiera sido  
mucho peor, sino que no hubiera  
llegado a buen puerto.*

*Martes 6:30 a.m.*

Sintió la pistola pegada a la piel como un tatuaje. Un hierro al rojo vivo que le cauterizaba las terminaciones nerviosas. Le parecía incongruente en una policía: la pistola le pesaba mucho más que el kilo real de su peso. En circunstancias normales la sentía en su funda como algo incómodo y, en ocasiones especiales como el registro que se disponían a llevar a cabo, palpitaba como si tuviera vida. Se miró en el espejo para aflojarse un poco la coleta; la aplastó en la nuca, se puso el pasamontañas que tan solo le dejaba a la vista los ojos y después se ajustó el casco. Si la pistola le causaba espanto, mucho más el fusil de asalto. Comprobó la munición y palpó el chaleco. Estaba lista.

Miguel Los Arcos salió a la vez de su vestuario. Su silueta desgarbada parecía más gruesa con toda la equipación. El chaleco le aumentaba la caja torácica. Miró a Nerea y su voz sonó opaca tras el casco:

- ¿A que parezco un Geyperman?
- ¡Apuesto a que de pequeño jugabas con ellos!
- ¡Claro!, ¿tú no?
- Yo era más de Barbies, idiota.
- ¡Qué sé yo!, como te metiste a policía...
- Los Arcos, no me pongas más nerviosa.

Salieron al patio del acuartelamiento de Beloso Alto. Las furgonetas Jumper estaban al ralenti esperándoles. Una de

ellas ronroneaba con un ruido de hierros sueltos, el parque móvil se hacía viejo y no había dinero para renovarlo. Nerea y Los Arcos se dirigieron a la primera de ellas. Al pie estaba el inspector Erice, que tan solo llevaba el chaleco y, por encima, el tres cuartos; repasaba el plan con el subinspector Lana. Sara Petretxema y Santiago del Guayo ya se habían subido. En cuanto lo hicieron Nerea y Los Arcos, la puerta se cerró y se pusieron en marcha.

Cuesta abajo llegaron al semáforo y esperaron a que se pusiera en verde. Giraron ciento ochenta grados para enfilar la cuesta de Beloso en dirección a Burlada y el sol a sus espaldas comenzó a ser algo más que un rescoldo tras el depósito de agua y la silueta del hospital San Juan de Dios. Entraron en la calle mayor de Burlada y el tráfico era mínimo; todavía quedaban varios días para la vuelta al cole y de todos modos era demasiado temprano. Nada más llegar a la segunda rotonda torcieron a la derecha por la calle San Francisco. La última de las furgonetas, con los girofaros encendidos, bloqueó la calle a la altura de la puerta principal del parque Uranga. Dos policías bajaron a la acera y tomaron posiciones. La primera de las furgonetas siguió hasta el cruce de la calle de la Ermita y allí descendieron más policías. La furgoneta en la que viajaban el inspector Erice, Nerea y los demás se detuvo a la altura del número 3; Nerea retrocedió hasta el cruce de la calle Ezpondoa, que quedaba justo en medio, mientras el inspector Erice, el subinspector Lana y los policías Los Arcos, Petretxema y del Guayo entraban en el portal. Nerea observó la calle y volvió la vista hacia el cruce. El silencio lo rompía algún pájaro madrugador del parque y el rumor

sordo del tráfico de una ciudad de provincias. Calculó que la frutera de la esquina tardaría aún en llegar; mientras realizaban el seguimiento, habían visto que su hora habitual era las 7 de la mañana.

del Guayo echó la puerta abajo. Al grito de “¡Policía!” entraron en tromba en la casa y encontraron a los dos sospechosos: uno en cada habitación. Olía a piso de hombres reñidos con la limpieza y todo estaba en desorden. Petretxema pensó que no se notaría demasiado la diferencia entre el antes y el después del registro. No opusieron resistencia. De pie, en el pasillo, con las piernas separadas y las manos en la pared, Lana les cacheó y comenzaron el registro de la casa.

–Dile a Elizalde que suba al perro –dijo el inspector Erice.

Pocos minutos después el pastor alemán irrumpía en el rellano. Se movía inquieto y Fermín Elizalde le contenía a duras penas. Empezó olfateando la cocina. Se movía febrilmente entre las banquetas y todo lo que ocupaba el espacio. Salió al pasillo; se detuvo un instante al lado de uno de los dos hombres y continuó buscando. Fermín Elizalde le animaba: “Busca, bonito; busca, *Beltxa*”. El perro olisqueó entre las piernas de uno de los dos hombres y este protestó.

–Eh, agente, que ese bicho me da miedo.

–Calla o te voy a dar miedo yo de verdad –contestó el policía del Guayo desde su altura imponente y con su voz y envergadura de barítono.

*Beltxa* se detuvo un instante en uno de los armarios del dormitorio del fondo. Rascó con la pata y empujó con el hocico. Fermín Elizalde abrió la puerta del armario y el



perro se introdujo en él como una tromba. Fermín le dejó hacer. El perro se sentó, era la señal, Fermín llamó al inspector.

—*Beltxa* ha olido algo.

El inspector Erice llegó a su lado. Sacó la linterna y se puso los guantes de látex. Ambos empezaron a zarpear en el armario y *Beltxa* se puso de pie. Parecía inquieto, inseguro. Los dos policías sacaron al suelo todo el contenido del armario. *Beltxa* olisqueaba cada prenda y objeto que caía, pero volvía la mirada hacia el hueco del armario esperando algo que no llegaba.

—Aquí no hay nada —dijo Elizalde.

—¡Pero el perro la ha olido!

—Ha estado aquí y el armario se ha impregnado, pero ya no está.

—Haz que busque de nuevo.

—¡Busca, *Beltxa*, busca! —Fermín Elizalde volvió a premiar al perro con una caricia mientras le empujaba para que siguiera buscando.

*Beltxa* salió del dormitorio y dio una vuelta rápida por las demás habitaciones para acabar volviendo hasta los pies del inspector y Elizalde.

—Mierda puta —exclamó Erice, y salió al pasillo visiblemente cabreado.

—A ver, tú, ¿dónde coño está la droga?

—¿Qué droga ni qué droga? —respondió el interpelado.

—No me toques los cojones, el perro no se equivoca, huele la droga.

—Oiga, ¿me puedo poner los pantalones? —preguntó el otro.

–Tú cállate que no te han preguntado –le espetó del Guayo.

–Yo no sé nada de droga, ¿tú has visto alguna vez droga? –le preguntó al otro hombre–. ¿Cómo es la droga, señor inspector?

Erice le hubiera estampado de buen grado contra la pared.

–Esposadlos y bajadlos a la furgoneta, pero ese que se ponga antes los pantalones.

*Martes 7:00 a.m.*

Entró en la calle mayor de Burlada canturreando la canción de la radio. Miró por enésima vez la mochila que llevaba en el asiento del copiloto. A contraluz la calle parecía líquida y bajó el quitasol sobre su cabeza. Torció a la izquierda ya que sabía que no podría aparcar en la calle San Francisco; se sabía el truco de dejar el coche en segunda fila en la calle Ezpondoa, que es más ancha, frente a la frutería. Tan solo serían unos minutos, los necesarios para entregarles la mochila y largarse de vuelta a la bodega, pero mejor no buscarse problemas obstaculizando el paso. Giró en la bocacalle y se dio de narices con un policía con fusil que le dio el alto. Le cambió el color. Se aferró al volante y apagó la radio.

Nerea Villatuerta vio llegar a la furgoneta y tensó la espalda. Palpó el seguro del fusil y levantando la mano ordenó al conductor que se detuviera y orillara. Se acercó a la ventanilla y, ante su requerimiento, vio cómo el conductor la bajaba.

—Buenos días, documentación, por favor. ¿A dónde va usted?

Marcos Romero casi podía oír sus engranajes mentales rodando a toda prisa en busca de una respuesta satisfactoria.

—Traigo vino para la frutería, pero si eso ya vuelvo más tarde.

Nerea se volvió hacia la frutería, que todavía permanecía cerrada. En el escaparate vio un cartel anunciador de “Se vende vino”. Cogió el DNI del chico, se separó unos metros de la furgoneta de la bodega y por la radio pidió la información sobre el muchacho. Marcos Romero echó la mano a la mochila y sacó del bolsillo exterior el móvil. Marcó el número del Argentino y esperó respuesta.

El inspector Erice daba vueltas a los cajones mientras Sara Petretxema y el subinspector Lana buscaban por todos lados. Los Arcos custodiaba a uno de los dos hombres mientras del Guayo acompañaba al otro a ponerse los pantalones. El inspector Erice se detuvo al oír sonar un móvil, lo vio sobre la mesilla y se puso las gafas de vista cansada. En la pantalla iluminada se leía PIBE y descolgó.

–Dime –contestó alguien–. Marcos no reconoció la voz de quien le respondía y colgó. Nerea se acercó de nuevo a la furgoneta y le devolvió el DNI.

–Ahora no puede esperarse a que abran la frutería. Dé la vuelta y regrese más tarde.

Marcos asintió aliviado, subió la ventanilla y giró de nuevo por la misma calle Ezpondoa.

El inspector Erice se introdujo el móvil en el bolsillo y llamó a Los Arcos.

–Dile al tipo que está contigo que te dé el móvil.

Los Arcos se volvió al hombre y este le señaló la mesilla, sobre la que reposaban cartera y teléfono. Los Arcos metió todo en una bolsa y cuando el hombre se acabó de abrochar el pantalón le puso las esposas. Suavemente conminó al detenido a que recorriera el pasillo hacia la escalera.

Algunos vecinos curiosos observaban tras las ventanas. Al subir a la furgoneta, del Guayo agachó la cabeza del detenido al que guiaba, e inmediatamente le siguió el segundo hombre; de los dos parecía el más tranquilo, el primero se mostraba más bravucón y porfiado. La furgoneta que bloqueaba el paso a la entrada de la calle recogió a los policías que había desplegado y la comitiva se puso de nuevo en marcha en sentido inverso. Al aproximarse a su tienda, la frutera los vio enfilarse por la calle San Francisco, internándose en el dédalo de la parte antigua de Burlada.

*Martes 7:30 a.m.*

La radio-despertador borboteó noticias hasta que consiguió despertarlo. Recorriendo el túnel a la inversa, su mente regresó a la consciencia y escuchó las primeras palabras de la locutora, que le sonaron repetidas: refugiados, Siria, Merkel, Congreso, Trump, Grupo constituyente, mayoría simple, elecciones, mercados y crisis. Un runrún que le hizo sentir más ganas aún de apagar la radio, darse media vuelta y acurrucarse entre las sábanas. Se giró y, con el mismo gesto, abrazó el cuerpo de Irina a la altura del vientre y consiguió a duras penas estirar el otro brazo por debajo de su cabeza. Irina, acostumbrada a sus despertares, le ayudó levantando la cabeza aún en sueños; Faus no había abierto todavía los ojos. Abrazados, respiró su olor. Los meses pasados desde que dormían juntos le habían traído nuevas rutinas. Aunque la palabra “rutina” no servía para definir el conjunto de hábitos de nueva creación que la convivencia con Irina le había traído; a algunos se había adaptado gustoso, a otros de mala gana.

Irina se despezó estirándose sin sacar los brazos del embozo. Tampoco le hubiera sido fácil hacerlo, apresada como estaba por el oso que dormía a su lado y que acababa de atraparla. Sintió el calor de su cuerpo, su respiración todavía pausada, y entreabrió los ojos para mirarle. Despeinado y con la sombra de barba entrecana le gustaba todavía más.

Se giró hasta casi entrechocar los labios más que besarle y se levantó. Al mismo tiempo, Faus se giró hacia su lado de la cama para buscar a tientas las zapatillas y disponerlas en el lugar preciso antes de levantarse. Sabía que si no lo hacía así le sería muy doloroso inclinarse hacia delante, ya que le tiraría la cicatriz de la cadera, algo que no le apetecía lo más mínimo. En caliente no le daba mucha guerra, pero en frío mejor evitar flexiones bruscas. Si algo le fastidiaba era pensar que esa molestia la tendría de por vida.

Irina salió del baño para entrar en la cocina y Faus ocupó su lugar en el aseo. Su cuerpo, pesado y lento, parecía no ubicarse entre las cuatro paredes del cuarto de baño. Para cuando se quiso dar cuenta estaba orinando de pie y no sentado, como Irina le había pedido que hiciera; ya era tarde, había salpicado el suelo.

En la cocina la radio desgranaba las noticias y Faus buscó la cafetera con la vista. Se acercó a Irina y le besó en el pelo antes de servirse un café hirviente que parecía imposible que no le quemara la boca.

—Sigo pensando que tu garganta es de amianto —dijo Irina.

—Siempre me sorprende el vocabulario que tienes, si yo aprendiera ruso no creo que me preocupara por el amianto y sus propiedades.

—Yo me preocuparía por tu memoria.

—¿Mi memoria?

—¿No te acuerdas de qué día es hoy?

—Mierda, tu cumpleaños. Me iba a acordar, es que si no me tomo el café ya sabes que no funciono.

—Esperaba que te acordaras.

—No pongas esa cara, es muy pronto, no me has dejado tiempo —Irina hizo un mohín que dejaba entrever algo parecido a la desilusión y cambió de tema.

—¿Y Nerea?

—Se iba a levantar temprano, tenía un registro de madrugada.

—No la he oído.

—Dejó todo preparado en el salón, ni siquiera ha desayunado.

—¿Estará bien?

—Claro, no te preocupes, ya no es una niña y sabe sacarse las castañas del fuego.

—Para mí siempre será mi pequeña.

\* \* \*

Marcial Romero se asomó a la terraza mientras él también sorbía el café. Normalmente le hacía falta un mundo para arrastrar de la cama a su hijo Marcos, pero esa mañana, al ir a despertarle, se sorprendió de no encontrarlo en su habitación. Miró a todo lo ancho del viñado y no descubrió al chico a simple vista. Un punto móvil se acercaba por la carretera de Parternain, y poco a poco se hizo distinguible: era una furgoneta de la bodega, de las que usaban para el reparto, que se detuvo a la puerta de la nave de embotellado. Marcial vio bajar de ella a su hijo Marcos; desapareció de su vista unos minutos para verle de nuevo montarse en el vehículo y dirigirse hacia donde estaba él. El chico detuvo la furgoneta y se bajó ante la mirada de su padre.

—¿A dónde has ido?



—Había que entregar un pedido pronto por la mañana  
—Marcial frunció el ceño.

—Pues a ver si te espabilas así todos los días, que ya era hora, hombre. Tienes café en la cocina. —El muchacho entró rezongando—. Y date prisa que hay que llevar al viñedo Picasso la vendimiadora nueva.

\* \* \*

Javier Erro se quedó con otro cascote de cemento en la mano y volvió a acordarse de toda la familia de Patxi, el albañil, y en especial de su pobre madre, que no tenía la culpa de nada. Lo dejó sobre el lavabo y miró con desesperación las baldosas que había ido acumulando apiladas una sobre otra en un rincón del baño y que no podrían poner hasta que sanearan la pared de la ducha, que se desmoronaba poco a poco, como si fuera un castillo de arena. El piso, que había inaugurado hacía unas pocas semanas, había quedado perfecto salvo por la maldita ducha, que se caía literalmente a trozos y que no podrían arreglar hasta que Patxi sacara tiempo. Javier Erro era de todo menos un hombre paciente, así que cada vez que conseguía salvar un azulejo de la caída al plato de ducha, lo dejaba apoyado en la pared del baño. Pero la ira le comía las tripas cuando volvía a casa y descubría al entrar en el baño que otro azulejo se había desprendido sin motivo aparente y había caído rompiéndose en mil añicos.

Se vistió pensando en llamar más tarde al albañil ya que ahora no tenía tiempo; los meses de convalecencia le habían impreso un ritmo caribeño que le iba a hacer llegar tarde en su primer día tras la baja. Desde la calle San Antón, en

donde vivía, hasta la comisaría eran dos pasos, pero a ese ritmo no iba a poder tomarse ni un café bebido.

Llegaron prácticamente en el mismo instante: Faus apenas había tenido tiempo de quitarse la cazadora cuando vio entrar a Javier por la puerta. Pudo pensar qué decirle porque se fue parando con todos los que se cruzaban a su paso y querían saludarle. Él también pensó que el tiempo es cíclico y ahora era Javier el que se incorporaba al trabajo tras la baja y él quien le recibía. Al llegar a la altura del despacho de Faus, Javier, por fin, levantó la mirada y se encontraron.

—Me alegro de verte, Javier.

—Yo también, inspector.

Faus empezó a sentir que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta y le tendió la mano a Erro, que no dudó en estrecharla.

—Sabía de ti por Nerea.

—Lo sé, cada vez que venía a verme me daba sus saludos.

—Javier, ya sabes, yo... Bueno, no soy muy de visitas; tú ya me entiendes.

—No se preocupe, inspector. Yo tampoco estaba para hostias, la verdad es que casi es mejor así.

—De todos modos, quería decirte que..., que me alegro de que estés bien, y que ahora, bueno, no sé, que lo que quiero decirte es que he hablado con Jaurrieta y le he pedido que sigas siendo mi segundo, si a ti te parece bien, vamos.

Javier asintió sin decir una palabra.

—Bien, entonces cuando acabes con el baile y te hayan besado todos la mano ven y veremos qué tenemos para hoy.

El comisario Jaurrieta les vio hablar desde su despacho y esperó a que pareciera que habían terminado de saludarse. En cuanto dedujo por los gestos que así era, asomó la cabeza y les llamó a los dos. Faus y Erro se acercaron hasta el despacho del comisario y se sentaron frente a él esperando a que su superior escurriera la bolsita de la infusión y hablara. Faus pensó que era extraño que el comisario no fuera de café; quizá ese pensamiento absurdo fuera consecuencia de su adicción a la cafeína o de la incomodidad del momento; aquella mañana ni siquiera la cafeína parecía colocarle el cerebro en su sitio. No había bebido, pero se sentía resacoso.

—Me alegro mucho de que te encuentres bien, Erro. —Empezó diciendo el comisario—. Hablé ayer con Faustino y estamos de acuerdo en que si, te parece bien, te incorpores a trabajar con él. —Javier asintió—. Empezad con el papeleo pendiente y ya veremos luego qué surge.

Javier pensó que no era buen comienzo enfrentarse a una montaña de informes por revisar, pero le permitiría, por lo menos, aclimatarse lentamente.

\* \* \*

Los Arcos y del Guayo condujeron a los dos detenidos a los calabozos. Nerea se quitó todo el material de protección y se quedó con el uniforme. El inspector Erice entró visiblemente cabreado al despacho del comisario Jaurrieta.

—¿Y bien?

—Una mierda, no hemos encontrado nada. El perro olió algo pero en el armario que señaló no había nada. Elizalde dice que estuvo allí pero se la llevaron.

—¿Has llamado a la jueza?

—Ahora iba a hacerlo.

—¿Quieres que la llame yo?

—No quiero deberte ningún sapo, que me chille a mí y sanseacabó.

—*Good luck.*

Erice salió del despacho y vio que Nerea sacaba las tarjetas de los móviles de los detenidos para copiar los contactos. Ya verían a dónde les llevaba cruzar las agendas con lo que sabían por boca del detenido que les había dado el chivatazo a cambio de negociar con la jueza. Seguro que a la letrada no le hacía la más mínima gracia saber que la pista había acabado en nada.

—¿Les va a interrogar? —preguntó Nerea.

—En cuanto estés lista y los demás se hayan cambiado, me subes al primero, al chulito. No sea que la jueza los mande para casa.

—Sí, jefe.

Erice cogió el teléfono y marcó el número del juzgado. Al otro lado reconoció la voz de “El Flequi”, el secretario judicial, calvo como él, y no pudo dejar de pensar en cuál sería su propio mote.

—Soy Erice, ¿me pasa con la jueza? —unos segundos de ruido de fondo bastaron para que la jueza Andía respondiera.

—Dígame, Erice, ¿cómo ha ido?

—Mal, no hemos encontrado nada.

—¿Cómo que nada!, ¿y el perro?

—Parece que en uno de los armarios ha habido droga, pero no encontramos nada.

–Tendrá que soltarlos.

–¿No podemos retenerlos unas horas?

–¿Con qué cargos? Mire, Erice, he autorizado este registro porque aquel chaval parecía tener información convincente, pero no me la voy a jugar sin nada más sólido.

–Déjeme que les interrogue.

–Le dejo hasta mediodía, supongamos que los tramites se demoran; ni un minuto más.

–Gracias, señoría.

–Buenos días.

Erice se pasó la mano por el cráneo, perlado por unas gotitas de sudor; menuda mierda. La puerta del ascensor se abrió y vio llegar a del Guayo con uno de los detenidos y cómo lo metía en una sala de interrogatorios. Se sacó las tabas del cuello torciéndolo hacia la derecha, pensando en que tenía que quitarse cuanto antes esa mala costumbre.